



Mai Jia El don



El don

Mai Jia

Traducción de Claudia Conde

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfín
Volumen 1292



© Mai Jia, 2014

© China Intercontinental Press, 2014

© Ediciones Destino, S. A., 2014

Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona

www.edestino.es

www.planetadelibros.com

© de la traducción del inglés, Claudia Conde, 2014

Título original: *Decoded*

Primera edición: junio 2014

ISBN 978-84-233-4806-0

ISBN 978-0141391472, Allen Lane, un sello de Penguin Books, Ltd.,

Londres, Reino Unido, edición original

Depósito legal: B. 9.489-2014

Compuesto por Víctor Igual, S. L.

Impreso por Cayfosa Impresia Ibérica

Impreso en España-*Printed in Spain*

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como papel ecológico.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

En el comienzo

I

El hombre que salió de Tongzhen en 1873 a bordo del pequeño transbordador negro para ir a estudiar al extranjero, era el miembro más joven de la séptima generación de una conocida familia de comerciantes de sal: los Rong, de Jiangnan. Cuando se marchó, su nombre era Rong Zilai, pero a su regreso se hizo llamar John Lillie. Después se diría de él que fue el primero de la familia Rong en romper con la tradición comercial y en volverse un intelectual, además de convertirse en un gran patriota. Sin duda, su evolución tuvo mucho que ver con los años que pasó en el extranjero. Sin embargo, cuando la familia Rong lo eligió para que fuera él quien se marchara, no lo hizo con la idea de inducir un cambio tan profundo en los destinos del clan, sino para ayudar a la abuela Rong a prolongar un poco más su vida.

De joven, la abuela Rong había sido una madre excelente: había tenido nueve hijos y siete hijas a lo largo de dos décadas, y todos ellos habían llegado a adultos. Fueron sus retoños quienes cimentaron la fortuna de los Rong, por lo que su posición en la cús-

pide jerárquica del clan se volvió indiscutible. Las asiduas atenciones de sus hijos y de sus nietos prolongaron notablemente su vida, pero no era una mujer dichosa. La afligían toda clase de sueños inquietantes y complejos, tanto que a menudo se despertaba gritando en medio de la noche, e incluso a plena luz del día seguía sufriendo la persistencia de los terrores nocturnos. Cuando las pesadillas la atormentaban, su numerosa progenie y la vasta fortuna de la familia llegaban a parecerle una carga insoportable. Las llamas que lamían el incienso del brasero se agitaban a menudo con la fuerza de sus gritos agudos. Todas las mañanas, dos o tres eruditos locales acudían a la mansión de los Rong para interpretar los sueños de la anciana; pero, con el paso del tiempo, quedó claro que ninguno de ellos era capaz de ofrecerle una gran ayuda.

De todos los consultados para interpretar sus sueños, el que más impresionó a la abuela Rong fue un joven que acababa de llegar a Tongzhen, procedente de algún país extranjero. No sólo era capaz de desentrañar el sentido profundo de los sueños de la anciana sin cometer errores, sino que a veces parecía hacer gala de auténtica clarividencia para interpretar el significado de las personas que aparecerían en su futuro. Sólo su extrema juventud hacía desconfiar a la gente del verdadero alcance de sus habilidades, porque, como decía la abuela Rong: «El que con niños se acuesta amanece meado». Su capacidad para interpretar los sueños era excelente, pero sus artes adivinatorias eran más mediocres. Cuando

empezaba con mal pie, parecía incapaz de corregir el curso de sus disquisiciones. En realidad, solía explicar muy bien los sueños que tenía la anciana durante la primera mitad de la noche, pero lo desconcertaban los que le sobrevenían al alba, lo mismo que los sueños dentro de otros sueños. Según él mismo reconocía, no había estudiado formalmente la técnica adivinatoria, pero la había aprendido poco a poco, yendo detrás de su abuelo y prestando atención a todo lo que decía. Como tampoco había practicado mucho, difícilmente podía considerarse un experto.

Una mañana, la abuela Rong descorrió un panel deslizante de la pared, le enseñó los lingotes de plata apilados detrás y le suplicó que trajera a China a su abuelo. La única respuesta fue que era imposible, por dos razones. En primer lugar, el abuelo del joven ya era inmensamente rico y había perdido desde mucho tiempo atrás el deseo de ganar más dinero. Asimismo, era un hombre muy viejo y probablemente tendría miedo de atravesar el océano en esa época de su vida. Pero el joven le hizo una sugerencia práctica a la anciana. Le propuso que enviara a alguien de la familia a estudiar al extranjero.

Si Mahoma no iba a la montaña, entonces la montaña tendría que ir a Mahoma.

El siguiente paso fue encontrar a la persona adecuada entre la miríada de descendientes de la anciana. Los criterios para la selección eran básicamente dos. Ante todo, debía ser alguien cuyo sentido del deber filial hacia la abuela Rong fuera particular-

mente intenso, hasta el punto de estar dispuesto a sufrir por ella. Además, tenía que ser una persona inteligente e interesada en el estudio, capaz de aprender las complicadas técnicas de la interpretación de los sueños y la adivinación en el plazo más breve posible hasta lograr un nivel muy avanzado. Tras un cuidadoso proceso de selección, el elegido fue un nieto de veinte años llamado Rong Zilai. Así pues, provisto de una carta de recomendación redactada por el joven extranjero y con el encargo de encontrar la manera de prolongar la desdichada vida de su abuela, Rong Zilai se hizo a la mar en busca del saber. Un mes después, una noche de tormenta, mientras el vapor en que viajaba se abría paso entre las olas, su abuela soñó que un tifón devoraba el buque y lo mandaba a pique, convirtiendo así a su nieto en alimento de los peces. Presa del espanto causado por su sueño, la anciana dejó de respirar. La impresión le provocó una parada cardíaca y murió mientras dormía. Debido a la duración del viaje y a las dificultades de la travesía, cuando finalmente Rong Zilai se presentó ante su futuro instructor y le entregó con reverencial respeto la carta de presentación, el anciano le dio a su vez otra carta, con la noticia de que su abuela había muerto. La información siempre viaja más deprisa que las personas. Y, como sabemos por experiencia, el corredor más rápido siempre llega primero a la meta.

El anciano observó a ese joven llegado de tierras lejanas, cuya mirada era tan aguda e intensa que habría sido posible derribar con ella un pájaro en vue-

lo. El viejo maestro parecía interesado de verdad en tomar bajo su protección a ese alumno extranjero que llamaba a la puerta en el ocaso de su vida. Pero la abuela Rong había muerto, así que para el muchacho el estudio de las artes esotéricas ya no tenía sentido. Por eso, aunque agradeció la oferta del anciano, decidió emprender el viaje de regreso. Sin embargo, mientras esperaba un barco que lo llevara de vuelta, conoció a otro joven chino que estudiaba en la universidad. El joven lo llevó como oyente a un par de clases, y Rong Zilai ya no quiso marcharse, porque descubrió que había muchas cosas que necesitaba aprender. Decidió entonces alojarse con su amigo. Durante el día, asistía con él y con estudiantes de Bosnia y Turquía a clases de matemáticas y geometría; por la noche, frecuentaba las salas de conciertos con un estudiante de Praga. Disfrutó tanto de su estancia en aquella ciudad que no notó la rapidez con que pasaba el tiempo. Cuando por fin se dijo que había llegado el momento de volver, habían transcurrido siete años. En el otoño de 1880, Rong Zilai se embarcó junto con dos docenas de toneles de vino nuevo y emprendió la larga travesía de regreso a casa. Cuando llegó a su destino, bien entrado el invierno, el vino ya estaba en su punto, listo para ser bebido.

Como habría podido atestiguar cualquier habitante de Tongzhen, la familia Rong no había cambiado ni un ápice en esos siete años: el clan de los Rong seguía siendo el mismo, los comerciantes de sal continuaban siendo comerciantes de sal, la fami-

lia floreciente seguía floreciendo como siempre y el dinero continuaba entrando a espuestas, lo mismo que antes. Lo único diferente era el joven que había viajado al extranjero. Para empezar, ya no era joven, y había adoptado un nombre bastante peculiar: Lillie. John Lillie. Además, había contraído toda clase de hábitos extraños: se había cortado la trenza; ya no vestía túnica larga de seda, sino chaqueta corta; se había aficionado a beber vino del color de la sangre; jalonaba su discurso con palabras que sonaban como gorjeos de pájaro, y otras muchas cosas más. Lo más raro de todo era que ya no soportaba el olor de la sal. Cuando bajaba al puerto o al almacén de la familia y el olor punzante del salitre le asaltaba las fosas nasales, le sobrevenían arcadas y a veces incluso vomitaba bilis. Era particularmente incómodo que el hijo de un comerciante de sal no tolerara el olor de la sal. La gente lo trataba casi como si hubiera contraído una enfermedad vergonzosa. Más adelante, Rong Zilai explicaría lo sucedido: mientras atravesaba el océano en el viaje de regreso, había caído accidentalmente por la borda y había tragado tanta agua salada que había estado a punto de morir. El horror del incidente se le había quedado grabado en la médula de los huesos. Había tenido que hacer el resto del viaje manteniendo permanentemente en la boca una hoja de té, porque de lo contrario no habría podido resistirlo. Por supuesto, explicar lo sucedido era una cosa, y lograr que la gente lo aceptara y comprendiera era otra completamente distinta. Si no podía tolerar el olor de la sal, ¿cómo demonios iba a trabajar

en el negocio de la familia? El jefe no se podía pasar la jornada entera con un puñado de hojas de té metidas en la boca.

El problema era delicado.

Para fortuna suya, antes de su partida para tierras extranjeras, la abuela Rong había consignado por escrito su voluntad de regalarle, cuando volviera de sus estudios, toda la plata que guardaba en su habitación, detrás del panel deslizante, como recompensa por su abnegación filial. Rong Zilai encontró un buen destino para los lingotes, ya que los utilizó para abrir en la capital provincial, la ciudad C, un instituto de enseñanza al que le puso el nombre de Academia Lillie de Matemáticas.

La academia fue la precursora de la famosa Universidad N.